

EL CORREO DE ULTRAMAR

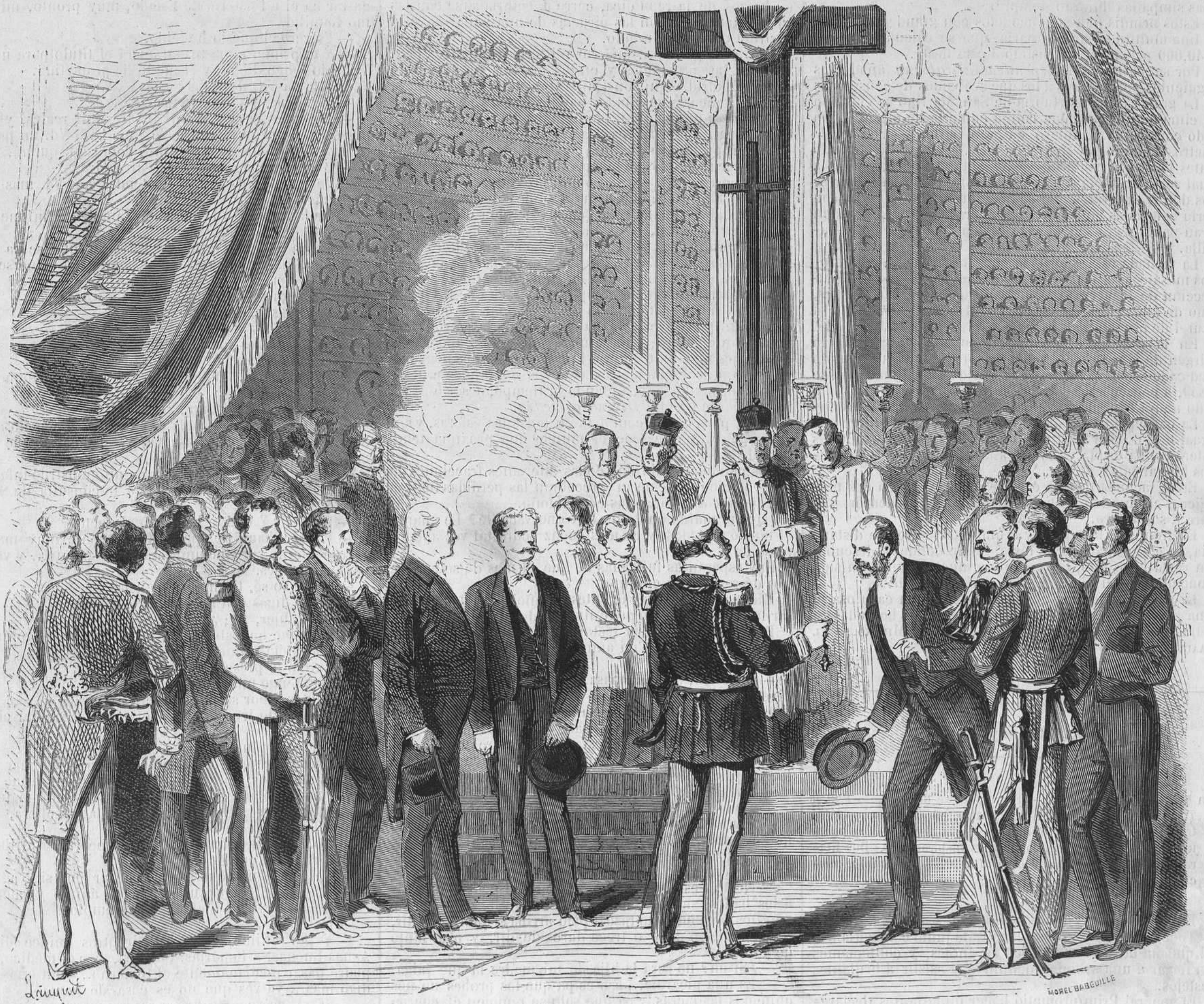
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 29. — N° 915.



ITALIA. — Inauguracion de la capilla mortuoria elevada en el campo de batalla de Solferino. — El coronel Delahaye entregando las insignias de la Legion de Honor al marqués Torelli



LORD CLARENDON.

A su guardilla se volvió en efecto, y en ella ha sucumbido á las ideas y á los sueños de poeta. ¡Ha vivido una eternidad en pocos años!

En el capítulo de las letras debo anunciar la llegada de dos escritores que nos habian abandonado: Teodoro Guerrero, que vuelve de la Habana, y Sebastian Moberlar, que regresa de Méjico.

Uno y otro han sido saludados con júbilo por sus antiguos compañeros... de pluma.

Para terminar mi revista voy á contar un rasgo que se comenta en todos los círculos.

La protagonista es una señora, jóven, hermosa, discreta y virtuosa.

Una de estas mañanas entró en el cuarto de su marido y halló un paquetito de cartas, todas abiertas.

En los sobres reconoce la letra de cierta viudita, muy amiga suya, y ¿qué hace? sin leer las cartas las pone bajo un sobre, escribe las siguientes líneas, y se las envía á la viuda.

« Mi querida Matilde: Haces muy mal en escribir á mi marido, que es el mayor aturdido y el hombre mas descuidado é imprudente que hay en el mundo.

» Te envío ese paquete de cartas que me he encontrado, y considera qué escándalo y qué vergüenza para tí si hubiesen caído en otras manos.

» Deseando yo sinceramente ser siempre una esposa honrada, te suplico, querida Matilde, que no me robes á mi marido, á quien amo mucho.

» Guárdame este secreto para que él no lo sepa, que se pondría muy vanidoso.

» Tuya siempre,

» RAFAELA. »

No es posible evitar un conflicto con mas discrecion.

La viuda, por toda respuesta se ha marchado de Madrid, pero no sin enviar una carta á su amante, concebida en estos términos:

« No me busque Vd. nunca; huyo avergonzada y le pido que si quiere ser siempre feliz, ame á su mujer. Vale mas que yo... vale mas que usted. »

Y así ha terminado este drama, que ha podido muy bien convertirse en tragedia.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de junio de 1870.

Abdicacion de la reina Isabel.

Doña Isabel de Borbon acaba de abdicar en favor de su hijo el jóven príncipe de Asturias, y el acto tuvo lugar el 23 de junio último en el palacio Basilewski en presencia de los miembros de la familia real, excepto Don Francisco de Asís, esposo de la reina, que aunque convocado, se abstuvo de presentarse en la ceremonia, y de cierto número de dignatarios, generales y hombres públicos de España, entre los cuales se contaban los generales Lersundi, Gasset y San Roman, los duques de Medinaceli, de Rianzares, de Sesto, de Rivas, de Montellano, etc.

La reina Isabel, tenia á su derecha á su hijo el príncipe de Asturias y al infante Don Sebastian, y á su izquierda á su madre, la reina María Cristina, á las infantas y al conde de Aquila. Con voz firme y aire risueño la que habia sido reina de España leyó el acta de abdicacion que firmaron todos los presentes.

Hé aquí el MANIFIESTO que con tal motivo ha dirigido á los ESPAÑOLES y que reproducimos como un importante documento histórico.

Dice así:

« Azaroso y triste en muchas ocasiones ha sido el largo período de mi reinado; azaroso y triste, mas para mí que para nadie, porque la gloria de ciertos hechos, el progreso de los adelantos realizados mientras he regido los destinos de vuestra querida patria, no han conseguido hacerme olvidar, que amante de la paz y de la creciente ventura pública, ví siempre contrariados por actos independientes de mi voluntad, mis sentimientos mas caros, mas profundos, mis aspiraciones las mas nobles, mis mas vehementes deseos por la felicidad de la amada España.

Niña, miles de héroes proclamaron mi nombre; pero los estragos de la guerra rodearon mi cuna: adolescente, no pensé mas que en secundar los propósitos que me parecieran buenos, de quienes me ofrecían vuestra dicha; pero la calorosa lucha de los partidos no dejó espacio para que arraigaran en las costumbres el respeto á las leyes y el amor á las prudentes reformas; en la edad en que la razon se fortalece con la propia y la ajena experiencia, las tumultuosas pasiones de los hombres, que no he querido combatir á costa de vuestra sangre, para mí mas preciada que mi vida misma, me han traído á tierra extranjera, lejos del trono de mis mayores, á esta tierra que amiga, hospitalaria é ilustre, no es, sin embargo, la patria mía, ni tampoco la patria de mis hijos.

Tal es, en compendio, la historia política de los treinta y cinco años, en que con mi derecho tradicional he ejercido la suprema representación y poder de los pueblos, que Dios, la ley, el propio derecho y el voto nacional encomendaron á mi cuidado. Al recorrerla, no hallo camino para acusarme de haber contribuido con deliberada intención, ni á los males que se me inculpan, ni á las desventajas que no he podido conjurar. Reina constitucional he respetado sinceramente las leyes fundamentales: española antes que todo, y madre amorosa de los hijos de España, he confundido á todos en un afecto, igualmente cariñoso. Las desgracias que no alcanzó á impedir mi tantas veces quebrantado ánimo, dulcificadas fueron por mí en la mayor medida posible. Nada ha sido mas grato á mi corazón que perdonar y premiar, y no he omitido nunca medio alguno para impedir que por mi causa derramaran lágrimas mis súbditos. Deseos y sentimientos que han sido, no obstante, vanos para apartar de mí en el sùlio, y fuera de él, las pruebas amargas que acibararon mi vida. Resignada á sufrirlas acatando los designios de la Divina Providencia, creo que todavía puedo hacer libre y espontáneamente el último acto de quien encaminó los suyos, sin excepción, á vuestra prosperidad y á garantir vuestro reposo.

Veinte meses han transcurrido desde que pisé el suelo extranjero, temerosa de los males, que en su ceguera no vacilan en querer reproducir los tenaces sostenedores de una aspiración ilegítima que condenaron las leyes del reino, el voto de tantas asambleas, la razon de la victoria y las declaraciones de los gobiernos de la culta Europa. En estos veinte meses no ha cesado mi afligido espíritu de recoger con anhelo afan los ecos producidos por el doliente clamor de mi inolvidable España. Llena de fe en su porvenir, ansiosa de su grandeza, de su integridad, de su independencia, agradecida á los votos de los que me fueron y me son adictos, olvidada de los agravios inferidos por los que me desconocen ó me injurian, para mí á nada aspiro; pero sí quiero corresponder á los impulsos de mi corazón, y á lo que habrán de aceptar con regocijo los leales españoles, fiando á su hidalguía y á la nobleza de sus levantados sentimientos la suerte de la dinastía tradicional y del heredero de cien reyes. Este es ese acto de que os hablo, esta la última prueba, que puedo y quiero daros, del afecto que siempre os he tenido.

SABED, pues, que en virtud de un acta solemne, extendida en mi residencia de Paris y en presencia de los miembros de mi real familia, de los grandes, dignidades, generales y hombres públicos de España, que enumera el acta misma, HE ABDICADO de mi real autoridad y de todos mis derechos políticos, sin género alguno de violencia, y solo por mi espontánea y libérrima voluntad, trasmitiéndolos con todos los que correspondan á la corona de España, á mi muy amado hijo Don Alfonso, príncipe de Asturias. Con arreglo á las leyes patrias me reservo todos los derechos civiles, y el estatuto y dignidad personales que ellas me conceden, singularmente la ley de 42 de mayo de 1863, y por lo tanto conservaré bajo mi guarda y custodia á Don Alfonso, mientras resida fuera de su patria, y hasta que proclamaré un gobierno y unas Cortes, que represente el voto legítimo de la Nación, os lo entregue como anhelo y como alienta mi esperanza, que fuerzas siento para ello, aun cuando se desgarran mi alma de madre al prometerlo. Entre tanto habré procurado infundir en su inteligente pensamiento las ideas generosas y elevadas, que tan bien se acuerdan con sus naturales inclinaciones, y que lo harán digno, en ello confío, de ceñir la corona de San Fernando, y de suceder á los Alfonsos sus predecesores, de quienes la patria recibió y él recibe, el legado de glorias imperecederas.

ALFONSO XII habrá de ser, pues, desde hoy, vuestro verdadero rey: un rey español y el rey de los españoles, no el rey de un partido. Amadle con la misma sinceridad con que él os ama: respetad y protegéd su juventud con la inquebrantable fortaleza de vuestros hidalgos corazones, mientras yo con fervoroso ruego pido al Todopoderoso luengos días de paz y prosperidad para España, y que á la vez conceda á mi inocente hijo, que ben-

digo, sabiduría, prudencia, rectitud en el gobierno y mayor fortuna en el trono, que la alcanzada por su desventurada madre, que fué vuestra reina. — ISABEL. »

Lord Clarendon.

Preguntaban un dia á lord Palmerston por qué la Inglaterra demostraba tanto apego á su aristocracia, y el noble lord respondió:

— Considerad lo que han hecho los lores de la Inglaterra, y tendreis la razon de nuestro poderío.

Lord Clarendon ocupará un gran puesto en la historia de esa aristocracia que ha elevado á un pueblo de segundo orden, numéricamente hablando, á la primera categoría de las potencias europeas.

Esta página, consagrada al ministro de Negocios extranjeros que acaba de morir, clasificará su nombre en esa gloriosa vanguardia de la nobleza de Inglaterra, que solo tomaba el poder para reformar y mejorar, porque para ella la palabra reforma era un sinónimo de conservación social.

Esto es decir que lord Clarendon pertenecía al partido whig, que nunca desertó su causa, y que el dia en que el movimiento reformista de Inglaterra abrió las puertas del Parlamento á los representantes de las ideas democráticas, no vaciló en tomar la cartera de los Negocios extranjeros para apoyar, con su autoridad y su nombre, el advenimiento de las clases medias, que acababa de triunfar con el ministerio de MM. Gladstone y Bright.

Recordaremos brevemente los actos principales de esa existencia patrióticamente consagrada al bien público, y veremos que ofrece un conjunto digno de estimación y de respeto.

Lord Clarendon nació con el siglo, el 26 de julio de 1800, hizo sus estudios en la universidad de Oxford, y se distinguió por las cualidades que despues le hicieron célebre: el comedimiento y la claridad.

Como la mayor parte de los jóvenes lores que se consagraron á la política, lord Clarendon entró muy joven en los negocios. Es la tradicion inglesa. Pitt entraba á veinte y dos años en el Parlamento, y desde sus primeros discursos el Parlamento reconoció en él á uno de sus jefes.

A su salida de la universidad, lord Clarendon entraba en la diplomacia, y á los veinte años era secretario de la embajada de San Petersburgo.

El joven diplomático dió á conocer al instante lo que se debía esperar de su inteligencia. No buscaba el brillo ni la elocuencia; pero exponía con toda claridad todo asunto que le confiaban, y así fué que á treinta años mereció que le eligieran como negociador de un tratado de comercio entre Francia é Inglaterra.

Pero estos no eran aun mas que papeles secundarios. Lord Clarendon habia nacido para figurar en primer término en la escena política, y á treinta y tres años fué á ocupar en Madrid, como ministro plenipotenciario, un puesto muy difícil (1833). La España estaba en plena guerra civil, y se necesitaba un hombre recto y firme para seguir la política que le estaba encomendada. Digámoslo en su honor: partidario del gobierno constitucional y adicto á María Cristina, lord Clarendon supo á la vez manifestar sus sinceras simpatías por el gobierno de la reina, y mostrarse misericordioso con los partidarios que le disputaban la sucesión de Fernando VII. Por esto hizo negociar un convenio muy favorable á los prisioneros carlistas, y que por lo tanto suavizaba los rigores de aquella encarnizada lucha. Tambien negoció con el gobierno de Madrid el convenio relativo á la supresión del tráfico de negros.

De vuelta en Inglaterra, tomó asiento en 1839 en la Cámara alta, cuyas puertas le acababa de abrir la muerte de su tío, y en el año siguiente entró en el gabinete de lord Melbourne, como ministro del Sello privado. Desde aquella época no ha cesado lord Clarendon de ser uno de los principales personajes de la política inglesa, y hé aquí los recuerdos importantes que ha dejado.

En 1847, en medio de la agitacion producida por la ardiente propaganda de O'Connell, lord Clarendon fué nombrado lord corregidor de Irlanda, y en medio de aquellas poblaciones sobreexcitadas y justamente indignadas con la opresion secular de sus amos, el noble lord, por medio de su prudente administracion y por su inagotable generosidad, supo hacerse querer en un pais que no podia ver en él mas que el sosten de una dominacion odiosa.

En aquel tiempo la Irlanda oprimida é indignada estaba en las reclamaciones. Hoy principia á obtener justicia, y el ministerio reparador de M. Gladstone trata de suavizar los pasados males. Pero preciso es decir que esta justicia de la política inglesa es muy tardía. Los dos millones de desterrados que la verde Erin ha enviado á todos los puntos del globo, son un testimonio vivo que condena para siempre la servidumbre que la Inglaterra impuso á la Irlanda.

Pero el acto que dará mas brillo á la memoria de lord Clarendon, es seguramente el tratado de Paris, en el cual representó á la Inglaterra. Con efecto, la política que produjo la guerra de Crimea, y que hizo armar á la Turquía y á las potencias occidentales contra la Rusia, abria nuevos horizontes. Era el fin de la Santa Alianza, era la alianza de Francia y de Inglaterra, era la libertad de Europa devuelta á sus influencias legítimas: ahora bien, lord Clarendon fué quien tuvo el ho-

nor de consagrar este punto de partida de una política nueva al firmar el tratado de Paris por la Inglaterra.

A principios de 1838 lord Clarendon siguió á lord Palmerston en su retiro; pero este reposo fué de corta duracion, y la caída del ministerio Disraeli volvió á llevar al poder al hombre de Estado liberal, siempre dispuesto á consagrar el progreso de la política inglesa.

Al hacerse cargo de la cartera de los Negocios extranjeros, lord Clarendon pudo decir como Chateaubriand en sus *Memorias*: « Asisto al alba de un mundo nuevo. » La antigua Inglaterra se acabó ya. *Fuit illium!* El viejo partido se ve reducido á elegir por jefe á M. Disraeli, y el partido whig tiende la mano á la democracia que sube. ¿No es esta la condena de la antigua política inglesa? La Inglaterra gastó diez y ocho mil millones para combatir á la revolucion francesa, y hoy las ideas de la revolucion francesa se introducen y triunfan en el territorio inglés.

H. C.

Revista de Paris.

La semana nos ha ofrecido un espectáculo de animacion política verdaderamente inesperado. La cuestion de la candidatura al trono de España ha estado á punto de provocar una guerra entre Francia y Prusia, porque el gobierno de Madrid habia elegido el principe prusiano Leopoldo Hohenzollern-Sigmaringen, y el gabinete de las Tullerías declaró que no lo consentiria nunca. Con este motivo no se ha hablado de otra cosa que de preparativos militares. Diariamente se esperaba con la ansiedad que es de suponer la contestacion de Berlin á las exigencias de la Francia pidiendo al rey de Prusia que negase al candidato la autorizacion para aceptar la corona, y como generalmente se creia que en esta cuestion estaban envueltas otras de preponderancia y de influencia entre las dos grandes naciones continentales, se contaba con que la guerra era cosa segura y no habia otro objeto de conversacion que el de las próximas batallas.

En vano se buscaria en los periódicos de estos últimos dias otra cosa que no fuera lo relativo al asunto palpitante. Ya se designaban los cuerpos de ejército que habian de operar en distintas direcciones, se repartian los mandos, se hacian cálculos sobre las fuerzas respectivas, sobre los armamentos de las dos naciones.

A todo esto, pasaban dias y la solucion no llegaba.

Es verdad que se buscaba inutilmente, segun dicen los noticieros, al principe de Hohenzollern.

Los edecanes que le enviaban á Dusseldorf y á Salzburgo regresaban sin haber podido descubrir su paradero.

Sin embargo, era urgente encontrarle.

De Berlin escribian que el mismo rey de Prusia no habia visto al principe hacia tiempo; pero como era indispensable que tuviera con él una entrevista, le habia mandado á llamar y le esperaba de un momento á otro.

¿En dónde podia estar Leopoldo de Hohenzollern?

Un diario de Paris nos da anoche la explicacion que no aceptamos ni contradecemos, porque nuestras noticias nada nos indican sobre este punto; pero que consignamos aquí, valga lo que valga.

Dice pues, que el principe Leopoldo ha emprendido de rigoroso incógnito un viaje á Madrid, y que Prim le ha presentado á sus compañeros de ministerio y á sus amigos de la mayoría en las Cortes.

Hé ahí lo que se lee en los diarios, hé ahí lo que interesa estos dias, con exclusion de cualquier otro asunto, sea cual fuere su importancia.

Así es de ver como los periódicos que se llaman literarios, y que por consiguiente no pueden tratar de materias políticas, se ingenian para buscar puntos en relacion con la cuestion del dia y que puedan tratarse en sus columnas, que carecen de timbre y de fianza.

El uno publica estudios sobre la Prusia y los prusianos y sobre la ciudad de Berlin.

Aquí la historia completa de la capital que hace menos de dos siglos era una pobre aldea situada en una llanura de arenas, y que cuenta hoy 450,000 almas.

Hablando de Berlin se habla del rey Federico el Grande, y aquí entramos de lleno en el dominio de la crónica, pues las anécdotas relativas á aquel rey abundan hasta dejarlo de sobra.

Federico cuando iba á Berlin, pues sabido es que casi siempre residia en Postdam, ostentaba una magnificencia extraordinaria.

Voltaire dice que ofrecia un soberbio espectáculo, rodeado á la mesa de veinte principes del imperio, servido en la mas bella vajilla de oro que entonces se conocia en Europa, y á su redor treinta pages con grandes bandejas de oro macizo.

Despues iban á la Opera, donde habia siempre dos magnificas compañías; una de canto, en la que se contaban las voces privilegiadas de la época, y otra de baile, en la que figuraban las mas famosas bailarinas.

El rey mandó robar en Venecia á la Barbarina, y sus soldados, cumpliendo su órden, la llevaron á Berlin, en donde

hacia las delicias de la corte, y donde la pagaban mas que á tres ministros.

Todos estos detalles retrospectivos se aprovechan hoy para la crónica de los periódicos literarios.

Pero mientras unos hablan como decimos de la Prusia y de los prusianos, otros explican á sus lectores, cómo el soldado francés, que regularmente ingresa en las filas sin instrucción alguna, recibe la educación por un sistema verdaderamente ingenioso.

Reunen á los soldados de una compañía en una sala; los que saben leer enseñan á los que no saben; los que escriben dirigen la mano de los que ya han aprendido á leer. Es la enseñanza mutua aplicada al ejército, y que produce felices resultados.

Pero esto es demasiado pálido para las circunstancias actuales; y al otro día se da un pasito mas y aparece el diario literario que se vende á cinco céntimos, con un epígrafe en gruesos caracteres que dice así:

— ¿Tendremos la guerra?

Tal es la pregunta que se dirige á sí mismo en su último número el escritor popular Timoteo Trim, cuyos artículos devoran mas de 100,000 personas cada día.

Mas ¡ay! ¿cómo responder á la pregunta?

El articulista noticiero se da una vueltecita por el boulevard, en donde siempre abundan los hombres políticos callejeros.

Es como si dijéramos una sucursal de la Bolsa, y con esto está dicho todo.

Si se ofrecen rentas, acciones y obligaciones de ferro-cariles y de sociedades de crédito, es que hay guerra; si se compran con avidez y sin reparar en el precio, es que el arco iris de la paz acabó de aparecer tras los anuncios de la borrasca.

En suma, este barómetro y en ese sitio presenta pocas garantías. En la Bolsa, á la hora de la cotización oficial es diferente; pero aquí en ese mercado furtivo perseguido incesantemente por los agentes municipales como un estorbo, la mayor parte de las noticias son invenciones de especuladores de la última especie.

Lo cierto es que Timoteo Trim y todos los periodistas noticieros de Paris no podían bastar estos días pasados para dar el pasto incesante que sus lectores les pedían.

Los rumores de guerra y de paz se cruzaban, se contradecían en todos sentidos; hasta que por fin en la tarde del martes la Bolsa subió con el mismo furor con que habia bajado.

Los bolsistas se disputaban con encarnizamiento los papeles.

¿Qué ha sucedido pues?

Es un parte telegráfico que anuncia que el príncipe Hohenzollern-Sigmaringen retira su candidatura al trono de España.

— ¿Pero eso basta? se preguntan algunos. ¿Qué le importa á la Francia que vaya ó no vaya á España el príncipe prusiano?

Y veinte y cuatro horas despues de haber celebrado la paz, Paris vuelve á entrar en cuidados.

— No es posible, se dice y se repite, que esto se quede así, que se hayan hecho tantos preparativos, que todo el mundo haya creído en la guerra, para llevarse ahora tan solamente chasco.

Y hé aquí como de nuevo volvemos á las andadas.

Los ánimos están en ebullicion, se habla de manifestaciones populares en favor de la guerra, y á pesar de que el gobierno asegura que no ha tenido otro motivo para hacer sus declaraciones del 6 de julio que el de la candidatura española, se quiere que haya gato encerrado en la cuestion, y esta no se da por concluida.

Sea como quiera, lo que advertimos es que tambien nosotros nos abandonamos á la pasión dominante; y francamente, diremos que de no ser así no reflejaríamos en estas líneas el estado en que se encuentra hoy el espíritu público.

Pero de todos modos, fuerza es poner punto á la cuestion para tratar de otras materias mas en armonía con el carácter de estos artículos.

Se va á publicar próximamente el segundo tomo de una interesante publicacion para los autores dramáticos, donde se reproducen las actas de la sociedad de los autores, acompañadas de datos artísticos y estadísticos sumamente curiosos para la crónica.

M. H. Hostein, que ha tenido á la vista los primeros pliegos de la nueva obra, hace en su último folletín del *Constitutionnel* varios extractos en los que abundan aquellas noticias.

Desde luego, dice, se observa que han crecido extraordinariamente los productos de los derechos de autor, puesto que en el año último han pasado de 2.000,000 de francos, esto es, un aumento de 236,000 francos sobre el total del año precedente.

Una cosa singular, es que en el gran teatro de la Opera francesa los derechos de autor no se hallen proporcionalmente á la altura á que se encuentran en los demás teatros.

En la Opera se paga una suma fija de 500 francos por cada representacion, sea cual fuere el número de ellas.

Antiguamente, despues de cuarenta representaciones, esta suma se reducía a 200 francos, y parece ser que lo único

que ha podido obtener la comision de autores, es que desaparezca esta reduccion, como así ha sido.

Sin embargo, se hacen gestiones para que se modifiquen los reglamentos en favor de los autores y compositores.

Los cafés-conciertos pagan á la sociedad una cantidad de 20,000 francos anuales.

Un dato encontramos en estos apuntes, que es digno de tomarse en cuenta.

Los empresarios tienen la obligacion de pagar á la sociedad de autores un derecho, aun cuando pongan en escena piezas pertenecientes al dominio público.

Ahora bien, este derecho ha ido decreciendo en los últimos años, y de 15,000 ó 20,000 francos que era en 1847, ha bajado á 3,000, lo cual prueba lo mucho que ha progresado el repertorio de los autores contemporáneos.

Otros datos no menos curiosos podríamos señalar á nuestros lectores; pero debemos reservar un espacio en esta revista para hablar de una produccion lírica importante, una nueva ópera de M. de Flotow, en tres actos, y titulada la *Sombra*, que se acaba de representar en el teatro de la Opera Cómica.

El autor del libretto, M. de Saint-Georges, ha puesto la accion en tiempo de Luis XIV, cuando las persecuciones contra los protestantes de los Cevennes.

Nos hallamos en una aldea de Saboya, donde una labradora rica y viuda tiene de huésped á un jóven escultor en madera llamado Fabricio, que trabaja mucho para los monasterios.

La labradora, que M. de Saint-Georges llama la señora Abeja, se casaría fácilmente con Fabricio, y así lo conoce el médico de la aldea, Antonio Mironet, que bromea continuamente sobre el tal matrimonio; pero hé aquí que de repente aparece en la casa una muchacha rendida de cansancio, casi exánime, que ha podido librarse del degüello de los Cevennes.

Juana, que así se llama, se presenta á ofrecer sus servicios al escultor, que ha despedido á su criada, y Fabricio acepta.

Pero en esta jóven hay un aire de misterio.

Se turba al ver á Fabricio y su turbacion llega á tal punto, que apenas ha entrado en la casa y ya forma la resolucion de huir de ella.

La labradora está celosa; Juana es su rival, y el hombre que va á ser su esposo tiene la osadía de recibirla en su propia casa.

Una explicacion es necesaria y Juana la da completa á la labradora.

Hé aquí su historia:

Juana, hija de uno de los sirvientes del conde de Rollecourt, se habia criado y crecido en el palacio de su amo y señor, el cual le habia inspirado una ardiente pasión sin que él lo conociera nunca.

Este señor que servía en el ejército del mariscal de Villars, cometió contra un superior un acto de insubordinacion por salvar á una familia de protestantes, fué condenado á muerte y fusilado: Juana le vió caer despues de la descarga de los soldados.

Ahora bien, ¿cómo no ha de turbarse cuando reconoce en Fabricio, no solo la figura, sino el aire y la voz del conde? Seguramente es su sombra y Juana quiere huir cuanto antes.

Fabricio está á punto de convencer á Juana de que es una semejanza y nada mas, cuando llega la noticia de que el conde de Rollecourt no ha muerto, sino que se ha salvado mediante un subterfugio del oficial encargado de fusilarle, y que este oficial pagará con su vida.

El conde se decide á presentarse y una vez que se ha puesto el uniforme, Juana le distingue á la luz de la luna. Entonces ya no duda: se arroja á sus piés, le declara su amor y le pide que no vaya á buscar la muerte: pero él no retrocede ante el cumplimiento de su deber y huye abandonando á Juana.

Veinte y cuatro horas tiene de vida el conde de Rollecourt, tiempo que quiere aprovechar para casarse con la jóven á quien dejará su nombre y sus bienes.

Sí, el conde se casará y despues irá á sufrir la suerte que le espera.

Y es inútil que Juana llore y suplique: su vida conyugal se acabará pocos minutos despues de concluida la ceremonia.

Afortunadamente el mariscal de Villars comprende la situacion y perdona.

Es un argumento sencillo é interesante y que ofrece al compositor cuadros en armonía con las facultades particulares que distinguen su talento.

Con efecto, M. Flotow se ha inspirado perfectamente en el carácter melancólico y poético que ofrece toda esa fábula.

No nos sería posible enumerar todas las piezas que han sido aplaudidas y merecian serlo en una partitura de esta importancia: diremos sí, que las hay notables, y muy originales por su melodía y por su gracia en los tres actos, y que si no nos engañamos la *Sombra* es una obra que puede competir con *Marta*.

La ejecucion es digna de todo elogio.

Mlle. María Roze con su aire melancólico personifica de todo punto el papel de Juana. Mlle. Priola hace valer en el

de la labradora todos los encantos de su voz argentina y suave; Monjauze se distingue en el papel de Fabricio y por último, Meillet es inimitable en el doctor Antonio.

En suma, es un triunfo completo para M. de Flotow, para los artistas y para la empresa del teatro de la Ópera Cómica.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

TONADA DE VENEZUELA.

En la orilla del Aragua
Un amante se dolía.
¡Cómo todo sonreía
En la orilla del Aragua!
Sordo el viento, el aire, el agua,
Nadie en torno comprendía
Que un amante se dolía
En la orilla del Aragua.

A la orilla del Aragua
Hoy no vengas, aguadora,
Que hay un misero que llora
A la orilla del Aragua;
Fuente arriba toma el agua,
Rio abajo amarga ahora,
¡Oh! no vengas, aguadora,
A la orilla del Aragua.

Al pasar por la Victoria,
Este nardo en su ventana
Pon marchito á esa inhumana,
Al pasar por la Victoria.
Despertando su memoria
Sabrá á quién dió una mañana
Este nardo en su ventana
Al pasar por la Victoria.

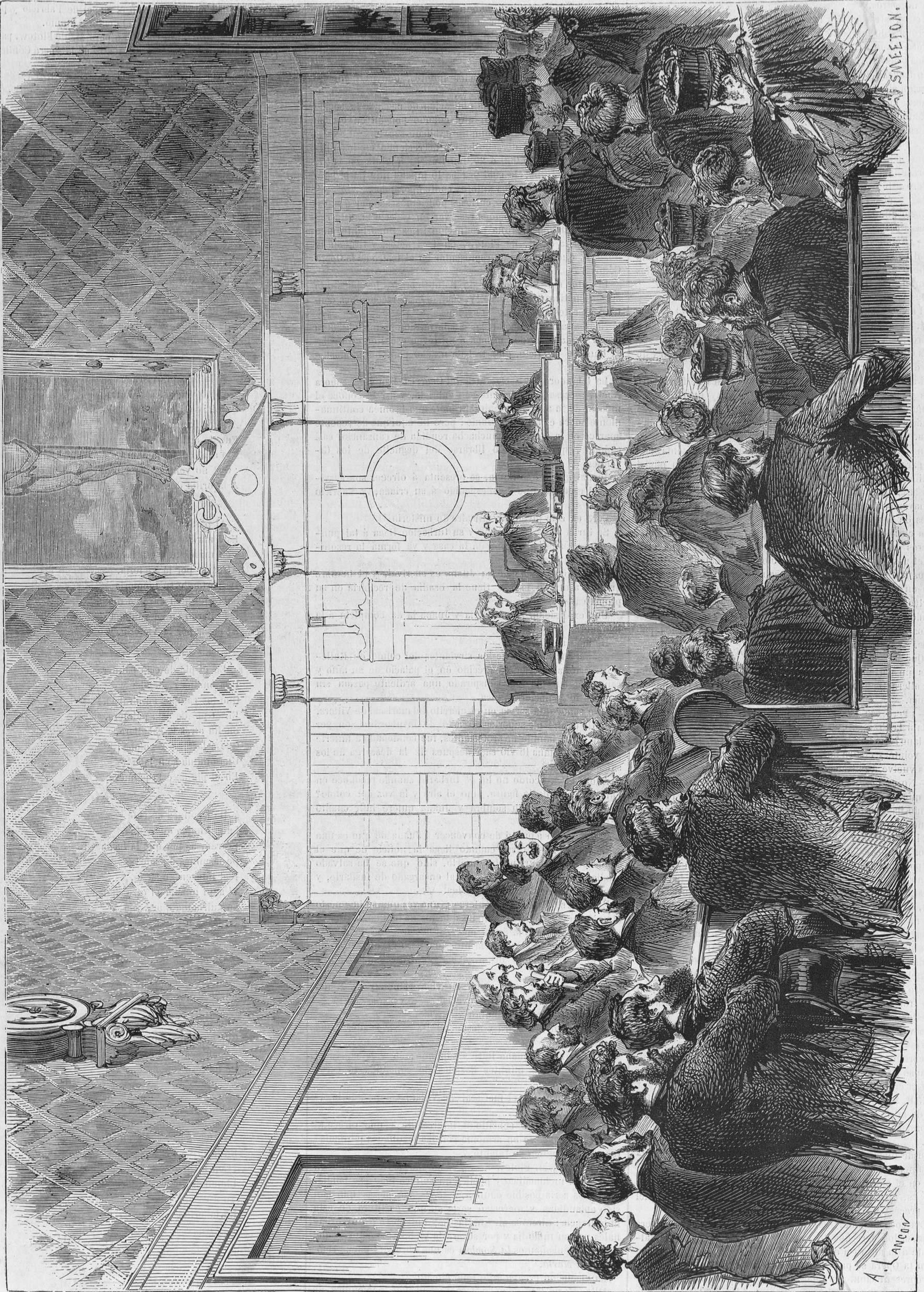
En el pié de esta palmera
Una ondina semejaba
Que los campos admiraba
En el pié de esta palmera.
Suelta atrás la cabellera,
Que á la brisa revolaba;
Una ondina semejaba
En el pié de esta palmera.

De jazmines de café
La guirnalda que ceñía,
¡Tarde, sé por qué la hacia
De jazmines de café!
Fiel imágen de su fé,
Vi aquí mustia al otro día
La guirnalda que ceñía
De jazmines de café.

De oloroso limonero
El palillo que mascaba:
¡Y el aroma que ella daba
De oloroso limonero!
Aun lo aspiro y de amor muero,
Que era aquí donde cortaba
El palillo que mascaba
De oloroso limonero.

¡En la orilla del Aragua
Ya á esa ingrata en vano aguardo!
¿A qué, pues, sus prendas guardo
En la orilla del Aragua?
¡Con mi llanto os lleve el agua,
Limonero, café, nardo!
Ya á esa ingrata en vano aguardo
En la orilla del Aragua.

J. A. CALCAÑO.



PARIS. — El proceso contra la sociedad la Internacional. — Aspecto de la 6ª sala en un día de vista.

El proceso contra la sociedad

« LA INTERNACIONAL. »

Principiaremos por decir dos palabras sobre el origen de esta vasta sociedad, que cuenta actualmente afiliados en toda Europa.

La *Internacional*, fundada en Londres en 1864, tuvo afiliados en París en 1865, y en abril de 1865 la justicia pronunció la disolución de la sociedad.

Pero ¿cesó en efecto? ¿Se disolvió en realidad, ó ha continuado existiendo y prosiguiendo ocultamente el objeto que antes se proponía á la luz del día?

Tal es la pregunta que se ha hecho el ministerio público, y que ha producido el proceso actual.

El tribunal se halla pues llamado á decidir si el artículo de la ley sobre las sociedades secretas es aplicable á la *Internacional*. Sin embargo, claro es que este punto de la cuestión que va á juzgarse no es el que mas inte-

resa á la opinion. La semana próxima se resolverá la cuestión; pero no por eso la sociedad preocupará menos vivamente la opinion pública.

¿Por qué? Porque con razon ó sin ella se considera como el centro en donde se debaten las graves cuestiones que agitan hoy á la gran familia de los obreros. Por lo demás, no es un hecho sin gravedad ni sin interés el de esa organizacion preciosa de los trabajadores de todos los países que, merced á una correspondencia incesante pueden en un momento dado concertarse y entenderse, y por medio de una propaganda inteligente é incansable reclutar una formidable legion.

Así la fama de la inmensa asociacion era terrible. Muchos opinan que hay que deshacerla y recuerdan con este motivo las inquietudes que ha hecho nacer en todos los países la cuestión de las huelgas.

Pero es justo reconocer que muchos de los procesados han protestado con indignacion contra la responsabilidad de que quieren cargarles. Uno de ellos, llamado Abriel, ha rechazado aquella acusacion con verdadera elocuencia.

El objeto ostensible de la *Internacional* es la emancipacion material y moral del trabajador. Pero ¿cuáles

son los medios que emplea la sociedad para alcanzar tan digno objeto?

Aquí tocamos al punto mas vivo del debate. Ciertamente es que los congresos celebrados por los trabajadores están lejos de haber proclamado principios siempre aceptables, y por ejemplo, hubo en Suiza una reunion que adoptó doctrinas comunistas.

Desgraciadamente, el comunismo es la plaga de las sociedades obreras. Sin embargo, debemos reconocer que los representantes de las sociedades francesas son los que mas han combatido tan deplorable idea. Lo que domina en las sociedades francesas es el deseo de que se propague el principio de asociacion á fin de llegar por el trabajo libre al bienestar y á la propiedad.

Ahora bien, este punto de vista es el de la opinion, y últimamente lo hemos visto producirse en el Cuerpo legislativo. Examinemos pues, con atencion y con imparcialidad los proyectos de mejoras que se producen, separemos la cizaña del trigo y aceptemos toda idea justa que pueda conducir al bien.

H. V.



El palacio del Belvedere, residencia del emperador de Rusia y del rey de Sajonia durante la visita de SS. MM. al gran duque de Weimar

El palacio del Belvedere.

Vamos á hablar del palacio del Belvedere; pero antes diremos dos palabras de Weimar, una ciudad literaria. Muchos escritores célebres han vivido en ella, Wieland, el poeta de *Oberon* y de *Musarion*, el que llamaron el Voltaire de Alemania, fué profesor allí de los hijos de la duquesa viuda de Sajonia. Herder falleció dentro de sus muros; y así es que enseñan su casa, como la de Schiller, que ha comprado la villa y que ha convertido en una especie de museo, en donde están expuestos todos los objetos que pertenecieron al autor de los *Bandidos*. La casa de Gæthe se visitó mucho tambien durante largo tiempo; hoy no se visita ya porque un inquilino egoista se ha fortificado en ella é impide la entrada al público. Ya no se ve, pues, aquel famoso gabinete de trabajo donde el ilustre escritor á quien Napoleón I dijo en Erfurth: « Sois un hombre; » compuso la série de obras maestras que principia en *Getz de Berlichingen* y llega hasta *Faust*. Puedo asegurar que su mesa no tenia nada de comun con aquella en que,

segun la tradicion, escribió Séneca su libro intitulado: *Del desprecio de las riquezas*.

La ciudad de Weimar está llena de recuerdos de Gæthe. En el palacio gran ducal tiene su sala consagrada como Herder, como Schiller, como Wieland; su estatua se ve en todas partes, y principalmente hay una colosal en el pabellon de los Templarios de *Schloss-park*, cerca de la casa campestre que habitaba en el verano, una casa tan espléndida como su mesa de trabajo. Sin embargo, para él tenia una ventaja; se hallaba cerca del palacio de recreo del gran duque el *Belvedere*, y con solo dar cuatro pasos podia ir á saludar al príncipe.

Por fin llegamos á hablar del palacio, que como lo demuestra nuestro dibujo no tiene nada de notable, tiene numerosos invernáculos y un parque muy bonito, y eso es todo. Si lo ofrecemos á la vista del lector es porque próximamente debe ser residencia de dos majestades, el emperador de Rusia y el rey de Sajonia, que visitan á S. A. el gran duque de Sajonia Weimar. Es un privilegio de las testas coronadas esto de llamar la atencion en todo y por todo.

R. DE M.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 914.)

— ¿No es un documento que mana de vuestra Union?
— No, señor, nosotros no amenazamos nunca. Nos limitamos á recordar al amo que si no hace tal ó cual cosa, nosotros haremos probablemente tal ó cual otra; pero todo ello con la mayor benevolencia.

— Pero, sin embargo, habeis escrito al amo para quejarnos de mí.

— ¿De veras? Pues entonces lo debo encontrar enmi copiator de cartas.

Tomó un libro, lo examinó y dijo:
— Pues teneis razon, hé aquí la copia de vuestra carta. Ahora bien, si se compara el estilo y la ortografia del tunante que os ha escrito esa...



Incendio del monte Vuache (Alpes Suizos). — Aspecto del incendio durante la noche.

El monte Vuache en los Alpes Suizos.

Este monte de la Alta Saboya es muy conocido. Sin embargo, no es muy alto (4,444 metros), ni muy pintoresco; está lleno de guijarros y apenas ofrece á la vista algunos matorrales raquíuticos, imagen de esas gentes que deben toda su importancia al acaso de su nacimiento ó de su posición.

Con efecto, la posición del monte Vuache es la única causa de su celebridad. Forma con un monte de la cordillera del Jura, el Gran Credo, que le da frente, uno de los lados del angosto desfiladero, única salida por la cual el Ródano estrechándose, puede salir á la región de las montañas. El fuerte de la Esclusa está allí á la falda del Gran Credo y hasta ha dado su nombre al desfiladero; allí también está el puente de Lucey con sus peñascos, bajo los cuales se engolfa el río y desaparece un momento.

El monte Vuache ha aprovechado todo esto para hacerse famoso; pero como si de repente conociera su escasa importancia propia y quisiera hacer que hablasen de él, está ardiendo ya hace cuatro semanas. Está ardiendo y no en la superficie que se encuentra pelada; es su mismo suelo el que arde porque así lo permite su composición. No me encargo yo de explicar este fenómeno; pero los sabios no dejarán de explicarlo. Añadiremos que esa combustión no parece que deba tener ninguna mala consecuencia, ni ser una amenaza. En cuanto al espectáculo es sorprendente, sobre todo de noche, como se puede juzgar por nuestro dibujo, cuyo apunte se ha tomado del natural. Muchos son los curiosos que acuden á contemplarle y esto nos conduce á repetir que por fin el monte Vuache se hace célebre por sí mismo. C. P.

Los paseos de Paris.

EL BOULEVARD RICHARD-LENOIR.

El canal San Martín corría á cielo abierto hace una docena de años, desde su punto de partida en la Villette hasta la plaza de la Bastilla. Dos muelles tenía en su trayecto, que eran el de Jemmapes y el de Valmy.

En el día es otra cosa.

El canal ha sido cubierto desde la calle del faubourg del Temple y encima han hecho alegres jardines con bonitas fuentes. En esta transformación los muelles de Jemmapes y de Valmy que no tenían razón de ser, han desaparecido y en todo ese sitio metamorfoseado, como acabamos de decir, pasa ahora una magnífica vía, el boulevard Richard-Lenoir que ha venido á ser uno de los más risueños paseos de Paris. Los jardines de que hemos hablado ocupan el centro y en los lados hay dos avenidas plantadas de árboles. De este modo el nuevo boulevard se prolonga, ancho, ventilado y animado entre una doble hilera de casas monumentales hasta la plaza de la Bastilla en donde se termina. Es un beneficio notable para esos barrios que antes eran feos, tristes y mal sanos.

El cauce del canal en su parte cubierta se ha rebajado considerablemente y se han abierto diez y ocho orificios en la bóveda para que pase el aire y la luz. El servicio se hace por medio de un remolcador de vapor apostado á la misma entrada de la bóveda del canal subterráneo

P. P.

El Doctor Témis.

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuacion.)

Apoyábase con zozobra sobre la baranda y dejaba descender sus miradas al abismo que estaba abierto bajo sus piés, y en cuyo fondo solamente veía, allá á lo lejos deslizarse con sosiego hácia el Occidente un arroyo cuya anchura parecía desde arriba de una vara.

Bien podía estar sepultado Emilio en ese río de grotesca poesía, de létrica existencia, y de misterioso cauce, que consagrado á genios avernosos, nunca la planta del hombre podrá profanar, pisando ese lecho inviolable, cuyas arenas, si las tiene, jamás dorará el sol ni herirán la vista de los mortales.

Este pensamiento affigia á Santiago, y lo anonadaba



LOS PASEOS DE PARIS. — El boulevard Richard-Lenoir.

torizándolo para que lo mudase donde tuviese por conveniente.

El hombre, pues, se puso en camino inmediatamente; y Santiago se quedó muy satisfecho pensando en que al día siguiente la Cisne había de recibir su carta y ver que la amaba y respetaba un hombre á quien ella había elegido para depositario de sus secretos.

Mas también lo contristaba el pensamiento de que Adelaida, ya demasiado afligida, iba á estarlo mas, con la noticia de la situación delicada á que su amante se hallaba reducido.

Al cabo de un momento volvió á la cama de Emilio y lo encontró dormido, lo que le fué muy agradable, esperando de este sueño mucho en favor de las fuerzas casi extinguidas del enfermo. Cerrando pues con gran silencio la puerta, volvió á salirse para cuidar de que ningún ruido interrumpiese por fuera el descanso provechoso de aquel.

Santiago, triste y pensativo, se sentó debajo de un árbol aromático, desde donde alcanzaba á oír el canto melancólico del posta que se alejaba.

Durante este rato se le despertaron innumerables y variados recuerdos. Aquel árbol le traía á la memoria la primera noche que estuvo en Bogotá, en la que sentado al lado de la Cisne, la vió llorar y sintió el primer impulso del amor que había de inspirarle para crecer después entre las penosas dudas de una ilusión que lo había hecho suspirar tantas veces, ya renaciendo, ya marchitándose á cada minuto.

Se acordaba también de la noche en que fugitivo de Baciliza se volvió para Bogotá; de la en que tuvo su cita en el jardín con la misteriosa Veratrina, cuyo lado le parecía ahora la sombra de un árbol artificial sin flores y sin aroma: hasta el canto lejano del posta le traía á la memoria su prisión, la defensa indigna que le había hecho Monterilla, las desgracias de Emilio, la lealtad de Adelaida y otros muchos incidentes que se cruzaban por su pensamiento sobre diferentes puntos, del mismo modo que veía aparecer rápida y momentáneamente á

sombra ensangrentada.

— Se hará todo eso, añadió Soliman; pero entre tanto es indispensable ocuparnos de los honores fúnebres, y costear un retrato.

— Eso es otra cosa, dijo Monterilla; pero me parece muy dificultoso encontrar un pintor que pueda recordar la expresiva fisonomía de Oropimente. ¿Cómo habría pincel tan hábil que diese á sus ojos aquella expresión valiente y amenazante que tanto lo distinguía? ¿Quién podría simbolizar en aquellos labios espaciosos la elocuencia que los caracterizaba? Mejor es pues que hagamos alguna otra cosa mas elegiaca.

— Lo mas elegiaco por ahora, en mi concepto, dijo Soliman, es que vengamos al muerto.

— Pero hay algo que me parece mas urgente, replicó Monterilla; y es el arreglo de nuestros asuntos, que no marchan por cierto con mucha felicidad.

— ¿Qué ha ocurrido, pues, de nuevo? preguntó Soliman con temor.

Monterilla le refirió entonces lo que había sucedido desde la ausencia de Emilio, y el estado á que las cosas habían venido á parar. Soliman le improbó que hubiese ido donde el doctor Témis, y descubierto á Enrique con tanta precipitación al verdadero Adolfo.

Monterilla procuró justificar su conducta con la gravedad de las circunstancias, con el riesgo en que todos se hallaban, con los consejos de la Daifa y últimamente con la esperanza de lograr que don Adolfo resolviéndose á pasar por delincuente, hiciese que el doctor Témis los salvase á todos; siendo tanto mas justificable el paso, cuanto que estando ausente y herido Emilio le tocaba llenar sus funciones á su propio padre, para lo cual era indispensable ponerlo en acción abiertamente.

— ¿Y qué ha resuelto este? preguntó Soliman.

— Nada, todavía, no obstante que esta mañana cuando lo interrogué sobre su resolución, me dijo que había vacilado un momento, pero que ya estaba determinado á no calumniarse por nada de este mundo, imputándose delitos tan infames.

condición de que me dejen en paz.

— Muy bien, dijo Soliman: le disgusta á Vd. nuestra presencia ¿no es verdad? Bien: se le ahorrará ese disgusto. Vámonos, Monterilla.

Ambos salieron dejando encerrado á don Adolfo.

— No hay esperanzas, dijo Soliman: este hombre caprichoso no se prestará á nuestros deseos y es indispensable resolver otra cosa. La aquiescencia que aparentó al fin con el objeto de despedirnos, como usted vió, debe advertirnos de que la resolución definitiva que ha abrazado es la de no transigir de modo alguno.

— Lo mismo he creído, repuso Monterilla; y celebro que los dos nos hayamos convencido de esta verdad y estemos juntos para deliberar maduramente lo que convenga en el caso.

— La deliberación es muy sencilla, contestó Soliman. ¿Él se rehusa á transigir? Pues bien: no transijamos y logremos al mismo tiempo, si es posible, dos de nuestros objetos mas importantes; el uno la venganza, el otro el producir en el doctor Témis la convicción de que el padre de Emilio es el cómplice del Mordedor.

— ¿Cómo cree Vd. que puedan lograrse estos dos fines?

— Haciendo morir á don Adolfo. Con esto él espiará la muerte que por causa de su hijo dió Santiago á Oropimente.

— Pero como don Adolfo no tuvo la culpa, esa venganza es dislocada.

— No, señor, para el verdaderamente vengativo ninguna venganza es dislocada, porque esta pasión no mira en su ceguedad á las personas, solo mira los hechos; un muerto pide otro muerto, sea el que fuere, de preferencia el agresor, á falta de este, cualquiera; á lo menos así me vengo yo, cuando no puedo vengarme de otro modo.

— Eso nos pone, en mi concepto, en gran peligro; y tal asesinato en estas circunstancias, nos priva además de la utilidad que de otro podríamos explotar en provecho nuestro y del Mordedor.

— No, señor, dijo Soliman: todo depende del modo como se hagan y combinen las cosas. La convicción que se trata de producir en el doctor Témis, no tiene á la verdad otro obstáculo que la contradicción de don Adolfo. Pues bien: un cadáver no puede contradecirnos y en presencia suya aseguraremos libremente al doctor Témis todo lo que convenga, sin temor de que el muerto, á quien imputamos la complicidad, alce la voz para desmentirnos. Presentando, pues, en la entrevista proyectada á don Adolfo muerto delante del doctor Témis, queda la escena dominada enteramente por nosotros, y convenceremos á nuestros perseguidores de todo cuanto queramos. Por otra parte, ya es indispensable que evitemos el descubrimiento de la calumnia que intentábamos.

— No concibo eso, dijo Monterilla; antes bien preveo las fatales consecuencias que traería consigo semejante homicidio. El doctor Témis vería que habíamos matado á don Adolfo, en cuyo hecho hallaría una prueba incontestable, no solo de todos nuestros delitos, sino también de que el padre de Emilio era inocente y habíamos querido librarnos de sus palabras haciéndolo morir.

— ¿Luego cómo piensa Vd. que vamos á matarlo? ¿Supone acaso que le daremos de puñaladas ó le administraremos un veneno? No, señor; eso sería la torpeza mas grosera. Solo se trata de que don Adolfo se muera como naturalmente y por sí mismo; de que su muerte aparezca como efecto de sus remordimientos, de su vergüenza ó de su amor paternal.

— ¿Pero eso cómo?

— Dejando que muera de hambre.

— No, Soliman: la muerte por ese medio se conoce demasiado.

— No le hace: lo que importa es que podamos decir que don Adolfo, desesperado por la persecución del doctor Témis, resolvió matarse no queriendo alimentarse mas: esto servirá como prueba de que había de-

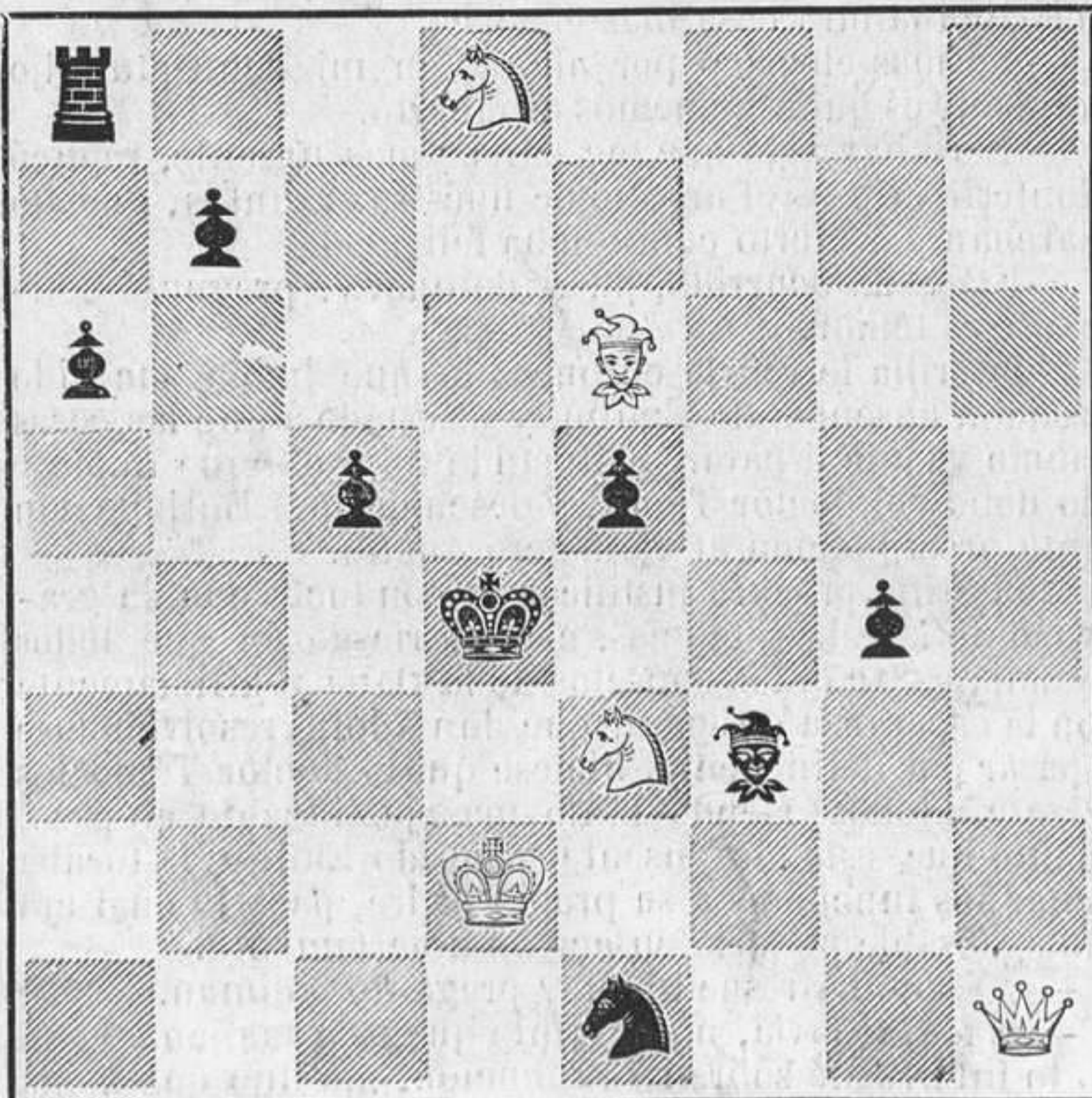
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 316.

- 1 A 1ª Ra R toma T
- 2 C 6ª AR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 317, POR M. GODECK.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

linquido, pues lo mató su arrepentimiento, y así se haría que lo declararan los criados de la compañía.

— Aun quedan para mí dudas, dijo Monterilla: ese recurso es muy grave y peligroso.

— No importa, contestó Soliman: yo lo exijo. Es menester tener audacia y vengar por lo menos á Oropimente. Además, sea cual fuere la dificultad de las circunstancias en que nos coloquemos ¿no serán mejores que las presentes? Nosotros estamos en el caso de obrar como hombres perdidos y buscar la salvación y la venganza á todo trance.

— Bueno, dijo Monterilla encogiéndose de hombros: á mí no me toca, según mi última resolución, sino seguir los consejos de Vds. para salvar mi responsabilidad; y puesto que se exige este homicidio, lo haremos como se quiere y empezaremos desde ahora.

Con esto Monterilla llamó á Jorge y le prohibió llevarse de comer esa noche á don Adolfo: luego se dirigió á su compañero, con quien se puso á discutir los detalles de esa nueva combinación y el modo de facilitar la fuga del Mordedor para el caso en que estas no saliesen tan bien como se esperaban.

(Se continuará).

El retrato de M. de Bismark.

En presencia de los acontecimientos que tan bruscamente acaban de surgir entre Francia y Prusia, creemos oportuno ofrecer á nuestros lectores el retrato que atrae una vez mas sobre su persona las miradas de Europa. Como mas de una vez nos hemos ocupado en este periódico de la importante personalidad de M. de Bismark, hoy nos limitamos lisa y llanamente á publicar su retrato sin acompañarle de apuntes biográficos, que son ya bien conocidos de nuestros lectores. A. M.